

(Por Adriana Schettini) El agujero de ozono abrió sus fauces y se tragó la popularidad del bronceador. Venerado durante décadas por pieles que se entregaban al sol sin remilgos, el ungüento emprendió su desenfrenado retroceso y está a punto de caer en los dominios de la prehistoria. Su nombre ha sido desterrado del lenguaje como si en ese ramillete de diez letras se condensaran siete plagas finiseculares. Ya nadie se atreve a mencionar esa palabra arrojada por la ventana de los usos y costumbres. En este fin de milenio el planeta sufre calores de menopausia, y en el podio del bronceador se levanta, omnipotente, el protector solar.

Corren tiempos de prevención y al protector se lo conoce por sus números. Las playas se han convertido súbitamente en un cónclave de matemáticos y un coro desafinado entona los grados de protección con aires alarmistas. Centenares de bikinis apetecibles hablan de protector 15. Multitudes de madres sobreprotectoras empastan niños de todas las edades con protector 34. Kilos de grasa abdominal de ambos sexos son cuidadosamente untados por sus dueños con protector 25. Miles de cuarentonas en lucha despiadada contra las arrugas combinan el recorrido del sol con los números, y la ecuación arroja una receta infalible: protector 18 al mediodía y 8 a partir de las cuatro de la tarde. Ellas y el sol habían mantenido durante años una pasión desenfrenada. Se levantaban con la salida de los primeros rayos y se acostaban en la arena para que él recorriera sus pieles sin límite de tiempo. Se entregaban desprevenidas, confiadas, ávidas del contacto físico con los rayos luminosos que las acariciaban, les hacían levantar temperatura y convertían sus cuerpos en un infierno de calor y placer. Buscaban en el bronceador una suerte de afrodisíaco que las llevara, cuanto antes, al clímax de la piel tostada. Ahora saben que el sol es un amante peligroso y temen ser las típicas mujeres que aman demasiado. Las amedrenta la sola idea de resultar heridas en el idilio sin medida, y decidieron acotar la relación. El sol aún las seduce y ellas son lo suficientemente débiles como para no poder poner punto final al romance. Pero están dispuestas a salvar el pellejo: sólo aceptan una relación con protector. Corren tiempos de mesura y cuidado y se imponen nuevos códigos de placer: sexo con preservativo y sol con protector.

SENTADA INMOVIL

Superado el fragor que causó con *American Psycho* –para algunos la novela norteamericana más importante de los últimos tiempos; para otros una aberración de la naturaleza–, el enfant terrible de las letras de Estados Unidos retorna en el tiempo y el espacio al escenario de sus dos primeras novelas. Los relatos interconectados de *Los confidentes* (Ediciones B) funcionan ahora –a diferencia de las entonces inmediatas *Menos que cero* y *Las leyes de la atracción*– como curiosas cápsulas de tiempo que en sus tripas albergan los huesos de una época cercana aunque irrecuperable: los primeros duros años 80.

Por Bret Easton Ellis

No corro las cortinas de mi ventanilla hasta estar en Nuevo México. No las abro cuando el tren deja New Hampshire y atraviesa el estado de Nueva York y no las abro cuando el tren se detiene en Chicago ni tampoco después, cuando me subo a otro tren, el tren que en definitiva me llevará a Los Angeles. Cuando por fin abro las cortinas del pequeño compartimento, estoy sentada en la cama y miro las imágenes que pasan por la ventanilla como en una película, y como si el transparente cuadrado de la ventanilla fuese una pantalla. Veo vacas pastando bajo los cielos de Nuevo México, hileras interminables de jardines traseros, ropa blanca tendida, juguetes oxidados, toboganes rotos, mecedoras desvencijadas, nubes que se oscurecen cuando el tren pasa por Santa Fe. Hay molinos de viento en los campos, que empiezan a girar más de prisa, y margaritas amarillas que crecen en matojos a los lados de las húmedas carreteras, que tiemblan cuando pasa ruidoso el tren, y me pongo a tararear "Esta tierra es vuestra tierra", lo que me lleva a sacar de la maleta el vestido que me voy a poner en la boda de mi padre y a extenderlo en la cama y a mirarlo atentamente hasta que el tren se detiene en Albuquerque y yo recuerdo de inmediato a la Partridge Family y una canción que cantaban.

Mi padre me habla del matrimonio cuando viene a Camden en noviembre. Me lleva a la ciudad y me compra un par de libros, luego una cinta en Record Rack. En realidad no quiero los libros ni la cinta pero él insiste mucho en comprarme algo, de modo que me pliego y trato de parecer encantada con la cinta de Culture Club y los tres libros de poemas. Incluso le presento a dos chicas que nos encontramos en la librería de Camden que viven en mi misma residencia y que no me caen demasiado bien. Mi padre no deja de obligarme a que me ajuste la bufanda que llevo alrededor del cuello y se queja de que nieve tan pronto, del frío, habla de lo agradable que es Los Angeles, de los cálidos que son los días, de lo dulces que resultan las noches, de que debería matricularme en la UCLA o en la USC, y si no en la UCLA o la USC, en Pepperdine. Yo sonrío y asiento con la cabeza y no hablo mucho, sin saber cuáles son sus intenciones.

Mientras almorzamos en un pequeño restaurante de las afueras de la ciudad, mi padre pide vino blanco espumoso y no parece que le importe queyo pida un gin tonic. Después de pedir lo que vamos a comer y de que él haya tomado ya dos copas de vino espumoso empieza a mostrarse menos tenso.

–¿A qué se dedica mi pequeña punkie? –pregunta.

–Yo no soy una punkie –digo.

–Vamos, vamos, pareces un poco, bueno, un poco punkie. –Sonríe, y luego, después de que yo no añada más, pregunta– ¿De veras que no lo eres? –su sonrisa se apaga.

De pronto, sintiendo compasión por él, digo:

–Bueno, un poco, vaya.

Termino la copa masticando el hielo, y decido no dejar que vaya adelante con esa conversación, de modo que le pregunto por los estudios de cine, por Graham, por California. Comemos de prisa y yo pido otro gin tonic y él enciende un pitillo.

–No me has preguntado por Cheryl –dice él, por fin.

–¿No he preguntado?

–No –da una calada, suelta el humo.

–Sí, he preguntado.

–¿Cuándo?

–Cuando veníamos a la ciudad. ¿O no?

–Creo que no.

–Estoy casi segura de que pregunté.

–No recuerdo que lo hicieras, cariño.

–Bien, pues yo creo que pregunté...

–¿Es que no te gusta?

–¿Cómo es Cheryl?

El sonríe, baja la vista, luego me mira.

–Creo que nos vamos a casar.

–¿De verdad?

–Sí.

–Vaya, eso es... en fin, enhorabuena –digo yo–. Estupendo.

Me mira burlonamente, luego pregunta:

–¿De verdad crees que es estupendo?

Me llevo el vaso a la boca y le doy un golpecito a un lado para que el hielo caiga al fondo.

–Bueno, poco a poco fui comprendiendo que la cosa iba en serio.

–Cheryl es estupenda. Os llevaréis bien –vuelve a titubear, duda si encender otro pitillo–. Ya verás cuando os conozcáis.

–Yo no me voy a casar con Cheryl. Te casas tú.

–Cuando me dices ese tipo de cosas, cariño, comprendo lo que sientes -dice.

Empiezo a acariciarle la mano por encima de la mesa pero algo hace que me interrumpa.

–No te preocupes –digo.

–He estado tan... solo –dice–. Llevo solo tanto tiempo que parece que siempre haya estado solo.

–En fin.

–Llega un momento en que necesitas a alguien.

–No me expliques esas cosas –digo rápidamente, aunque con menos dureza–. No es necesario.

–Quiero tu aprobación –se limita a decir–. Eso es todo.

–No la necesitas.

Se echa hacia atrás en su silla, deja el pitillo que iba a encender.

–La boda será en diciembre –hace una pausa–. ¿Cuándo piensas ir a casa?

Yo miro por la ventana la fría y dura nieve y las nubes grises del color del asfalto.

–¿Se lo has dicho a mamá? –pregunto.

–No.

A la hora de la comida, en el tren, el camarero me acomoda en una mesa con un viejo judío que no deja de leer un librito negro muy estropeado y de murmurar entre dientes algo que debe de ser hebreo. El judío no se parece nada a mi padre, aunque el modo en que se está comportando me recuerda la conducta de muchos de los amigos de mi padre que trabajan en sus estudios. Este hombre es mayor y lleva barba, pero es la primera vez desde aquel almuerzo con mi padre en que he estado tan cerca de un hombre durante una comida. No termino el sandwich que he pedido y que está bastante revenido, ni la sopa de verduras templada. En cambio, termino una copa pequeña de helado y tomo un Tab y voy a encender un pitillo cuando me fijo en que hay un no fumar en el vagón restaurante. Dejo el sandwich, miro el vagón abarrotado, me fijo en que todos los camareros son negros y que en los trenes de pasajeros van principalmente viejos y extranjeros. Jugueteo con el Marlboro, tratando de ignorar los murmullos del judío. Va pasando por las ventanas un paisaje sepia, casitas de adobe, madres jóvenes con pantalones vaqueros con las perneras cortadas y camisetas, que levantan a niños pequeños y rojos hacia el tren, saludando con la mano. Autocines desiertos, enormes basureros, más casas construidas con adobe. De vuelta a mi compartimento, mientras miro el vestido, con el walkman puesto, escucho cantar a Boy George "Iglesia de la mente envenenada", una canción de la cinta que me compró mi padre en noviembre pasado.

Las noches son duras. No consigo dormir ni siquiera después de tomar Valium, que sólo me atonta lo suficiente como para intentar a duras penas mantenerme en equilibrio mientras paseo por el estrecho compartimento, según el tren va lanzado a través de los desiertos, se detiene de repente, sin avisar, haciéndome caer en la estrecha cama. Al abrir las cortinas no consigo ver nada, a no ser la punta encendida de mi pitillo reflejada en el cristal. Anuncian que hay arena sobre las vías. Son las tres de la madrugada y me duermo un rato y me despierto cuando el tren atraviesa una especie de tormenta eléctrica en la frontera de Arizona. Está completamente a oscuras y de pronto un rayo púrpura, violeta, atraviesa el cielo, iluminando pequeños pueblos durante un segundo. Cuando el tren atraviesa esos pueblos, se pueden oír campanas de aviso, semáforos en rojo, los faros de una camioneta solitaria que espera a que pase el tren. Y pasamos por estos pueblos, cada vez más pequeños, cada vez más separados unos de otros, y yo voy en tren no porque no me gusten los aviones ni porque quiera ver el país, sino porque no quiero pasar tres días en Los Angeles, ni con mi padre y Cheryl, ni con Graham ni con mi madre. Un centro comercial cerrado, el rótulo de neón de una estación de servicio, el tren se detiene y luego continúa, la inutilidad de posponer lo inevitable, el cerrarse de las cortinas.

A la mañana siguiente, a la hora del desayuno, conozco a una chico muy rico de Venezuela, que lleva una chaqueta deportiva de Yves Saint Laurent y que también va a Los Angeles. Ha estado recientemente en El Salvador y no deja de hablar de lo bonito que es el país y del concierto de Lionel Richie al que asistió allí. Mientras esperamos el desayuno, el chico hojea el último número de *Penthouse* y yo miro por la ventanilla las interminables praderas y las hileras de torres de las refinerías y los aparcamientos de remolques y las torres de enlaces radiofónicos que surgen de la tierra rojiza. Abro un cuaderno que llevo conmigo y trato de organizar unos trabajos que todavía tengo que terminar para el próximo examen, pero pierdo interés en cuanto me pongo a ello. El tren se detiene durante largo rato delante de un Pizza Hut en una ciudad sin nombre de Arizona. Una familia compuesta por cinco miembros sale de Pizza Hut y uno de los niños saluda al tren con la mano y yo me pregunta quién llevará a los niños a desayunar a un Pizza Hut; el chico venezolano le devuelve el saludo al niño de delante de Pizza Hut, y luego me sonríe. Desayuno despacio, haciendo como que me concentro en las tortitas duras para que el chico venezolano no me pregunte nada. A veces levanto la vista y miro los pastos del otro lado de la ventanilla y el ganado que pace en ellos. Me saco un Valium del bolsillo y lo mantengo entre los dedos. Exceptuando el chico rico de Venezuela que ha estado en El Salvador, la única persona que quizá podría ser de mi edad es una chica negra de cara triste que me mira desde el otro lado del vagón restaurante, lo cual hace que apriete el Valium con más fuerza. Espero a que la chica negra aparte la mirada y cuando por fin lo hace, trago la pastilla.

–¿Jaqueca? –pregunta el chico venezolano.

–Sí. Me duele la cabeza. –Sonrío tímidamente, asintiendo.

La chica negra me mira una vez más y luego se levanta y ocupa su sitio una pareja de gordos que llevan muchas turquesas. El chico venezolano ahora mira el desplegable del centro de la revista y luego me mira a mí y sonríe y mi padre probablemente tenía razón cuando hace quince días me dijo por teléfono: "Deberías venir en avión", pero me asombra que de vez en cuando el suelo parezca alzarse por debajo del tren cuando éste pasa sobre ríos color chocolate o por encima de un barranco.

Llamo a Graham, mi hermano, desde la estación de Phoenix. Está tomando un baño caliente en Venice.

–¿Y qué consigues con eso? –digo, al cabo de un rato.

–¿A quién le importa? –dice Graham.

–Suena como si estuvieras colocado.

–No lo estoy.

–Se te pone la voz triste cuando estás colocado. Estás colocado.

–Todavía no.

–Estoy delante de una máquina tragaper[ras] enorme, del tamaño de una cama de matrimo[nio] –le digo a Graham–. Deberías hablar con él –enciendo un pitillo. Me duele.

–¿Qué? –pregunta Graham– ¿Por qué me llamas? –y luego– ¿Hablar con... él?

–¿Es que no vas a hablar con él? –pregunto– ¿Es que no vas a hacer nada?

–Oye, tía –oigo que Graham da una chupada, luego suelta el humo, lentamente. Su voz cae tres octavas–. ¿Qué quieres que haga?

–Sólo... hablar con él.

–Es que ni siquiera me cae bien –dice Graham.

–No deberías quedarte sentado sin hacer nada.

–¿Quién dijo que iba a quedarme sentado sin hacer nada?

–Tú lo dijiste, Graham, tú lo dijiste –estoy [a] punto de echarme a llorar. Trago saliva, inten[tando] controlarme–. Dijiste que ella había visto *Flashdance* nueve veces –me pongo a sollozar, en silencio, mordiéndome el puño–. Dijiste que era su... –pausa–, su película favorita...

–Probablemente la haya visto... –se interrumpe–. Sí, nueve veces, probablemente sea verdad.

–Graham, por favor, aunque sólo sea una vez.

–No está tan mal –dice finalmente Graham–. La verdad, es una tía bastante caliente.

Un Valium, una mirada fugaz por entre las cortinas, estaciones de tren de estilo español, carteles que anuncian NEEDLES o BARSTOW, coches que atraviesan el desierto de noche ha[...]

cia Las Vegas, llueve otra vez y con fuerza, luces que iluminan los carteles de una carretera que lleva a Reno, grandes gotas de lluvia que golpean contra la ventanilla y se deshacen. Mi reacción al sorprenderme: un parpadeo. Una voz dice por megafonía: "Si alguno de los pasajeros habla francés, acuda por favor al vagón restaurante", y la petición parece tentadora; parece tan poco común que hace que me cepille el pelo, agarre una revista y me dirija al vagón restaurante aunque ni siquiera hablo francés. Cuando llego al vagónrestaurante no veo a nadie que sea francés ni a nadie que parezca necesitar ayuda de nadie francés. Me siento, miro por la ventanilla, hojeo la revista, pero hay detrás de mí una borracha que parece que habla consigo misma, pero de hecho habla con la pareja de gordos de las turquesas, que tratan de no prestarle atención. La borracha no deja de hablar de las películas que ha visto en la televisión mientras estaba en casa de su hijo, en Carson City.

–¿Han visto *Las locas peripecias de un señor mamá?* –pregunta la borracha, la cabeza se le cae hacia delante.

–No –dice la gorda, con los brazos cruzados sobre un bolso turquesa que tiene en el regazo.

–Una peliculita encantadora... sencillamente encantadora–dice la borracha, que hace una pausa, esperando algún tipo de respuesta.

Una pareja con pinta de pobres de pedir, acompañada de tres niños pequeños, entra en el vagón restaurante y la madre se pone a jugar con uno de los niños a un juego en el que se utilizan gomas. Observo al niño más pequeño, que se come un paquete de mantequilla. Yo había esperado que no lo hiciera.

–¿No han visto *Las locas peripecias de un señor mamá?* –vuelve a preguntar la borracha.

La mujer de las turquesas dice que no.

Su marido se toca la corbata de rayas rematada con un pequeño trozo de turquesa y vuelve a cruzar sus enormes piernas.

El ruido que hacen los niños, las preguntas de la borracha, las dos universitarias que sueltan risitas al hablar de Las Vegas, todo eso me molesta pero me quedo en el vagón restaurante porque me da miedo volver al compartimento y ponerme a recordar mi destino. Otro pitillo, la luz de la llama del encendedor, luego es penumbra. El tren atraviesa un túnel y cuando sale por el otro extremo no hay diferencias tangibles. Uno de los niños grita al jugar:

–Dios te va a agarrar, Dios te va a agarrar –y luego, más alto–: Padre, padre, padre. –Y el niño que ha comido el paquete de mantequilla señala a su padre, con los ojos muy abiertos, mirándole. El padre eructa, saca otro Parliament, enciende el pitillo y luego me mira y no es una mirada desagradable.

Cuando vuelvo a mi compartimento, una hora más tarde, hay un mozo de cuerda, negro, que lo está arreglando. Ya ha terminado de hacer la cama, y limpia el pequeño espacio al que llaman cuarto de baño.

–¿A dónde va? –me pregunta.

–A Los Angeles –le contesto, mirando el pasillo, a la espera de que se vaya.

–¿Y a qué va a Los Angeles?

–A nada –digo, por fin.

–Ya me han dicho eso antes –se ríe ahogadamente, luego añade–. ¿A visitar a alguien?

–Mi padre se casa.

–¿Con una mujer agradable? –El mozo saca una bolsa de la papelera y la ata.

–¿Qué?

–Que si le gusta ella.

El tren empieza a detenerse, se oye el sonido de los frenos, el sonido del tren suspirando.

–No.

–Nos volveremos a ver pronto.

Tengo vista a Cheryl por el verano, cuando vuelvo a Los Angeles sin nada que hacer en particular. En cierto modo ya me ha ido hablando de ella mi padre cuando me llama al colegio mayor los domingos por la noche, pero siempre resulta ambiguo, y en cuanto se da cuenta de que la tiene allí asu lado, se muestra tímido y nunca dice gran cosa. Por lo poco que me ha contado Graham, tiene el pelo moreno con mechas rubias, es delgada, de veintipocos años, con vagas aspiraciones de ser presentadora de televisión. Cuando le insisto a Graham para que me cuente más detalles, Graham, muy pasado como siempre, añade: "Cheryl lee constante, desesperadamente, la *Guía de los Piscis para 1984* de Sydney Omarr; Cheryl adora la película *Flashdance*, que vio cinco veces el año pasado cuando la estrenaron y tiene diez camisetas destrozadas que llevan pintada la palabra MANIACA: Cheryl hace ejercicios con las cintas de Jane Fonda en el Betamax; William invita a pizza a Cheryl en Spago". Estas explicaciones siempre vienen seguidas de un: "¿Te haces una idea?", que Graham pronuncia de forma escasamente audible. Cuando pido más detalles, Graham dice:

–¿Es que nunca has salido con un profesor de ski?

No estoy segura de que mis padres ya se hayan divorciado del todo pero en esos días de agosto, después de quedarme en casa de mi madre sin haberme encontrado con ella, voy en coche a la nueva casa de mi padre en Newport Beach y Cheryl sugiere que vayamos de compras las dos juntas. Bullock's Saks, un Neimann-Marcus que se acaba de inaugurar, donde Cheryl compra una chaqueta verde oliva espantosa, con estampados orientales en la espalda, una prenda que probablemente se pondrá mi padre. Cheryl habla entusiasmada de un libro del que nunca he oído hablar que se titula *Megatrends*. Cheryl y yo tomamos zumo de frutas y té en un café al aire libre del otro lado de un centro comercial que se llama Sunshine donde Cheryl parece conocer a los jóvenes que trabajan en la barra. Tofu endulzado con zumo, tés de hierbas, helado de yogur. Cheryl lleva un jersey rosa neón, roto en el hombro, con la palabra MANIACA escrita en azul cielo, y la camisa me hace saltar de una cosa a la otra. Cheryl habla de la serie de televisión que ve, que es sobre un hombre que intenta comunicarle a su familia que todavía sigue vivo.

–¿Te encuentras bien? –pregunta Cheryl.

–Sí. Estoy bien –digo yo, hoscamente.

–Pues no tienes buena cara –dice Cheryl–. Me refiero a que estás morena pero no pareces contenta.

–Estoy perfectamente.

–¿Has tomado alguna vez tabletas de óxido de zinc?

–Sí –digo–. Las he tomado.

–Pero todavía fumas.

–No mucho.

–Tu padre me prometió que lo iba a dejar –dice Cheryl, metiéndose una cucharada de yogur en la boca.

–Ya veremos.

–¿Fuma Graham?

–Sí. Y también en pipa.

–En pipa, no puede ser –dice Cheryl, horrorizada.

–A veces. Depende.

–¿De qué?

–De que le dé por usar papel de fumar –digo yo, y luego, cuando a este comentario recibo una mirada de incomprensión, añado–: o si no encuentra su pipa de agua.

–¿Quieres venir conmigo a esa clase de aerobic de la plaza?

–¿Una clase de aerobic?

–Has dicho la palabra como si nunca la hubieras oído.

–Estoy cansada –digo–. Creo que me apetece irme.

–Esto es tofu con kiwi –dice ella–. Suena a locura total, pero está muy rico. No te burles.

–Lo siento de verdad.

Después, en el nuevo Jaguar de mi padre, Cheryl me pregunta:

–¿Te caigo bien?

–Eso creo –hago una pausa–. No lo sé.

–No resulta demasiado agradable, cariño.

–Pues es todo lo que te puedo decir.

El tren llega a Los Angeles al oscurecer. La ciudad parece desierta. A lo lejos están las colinas y los cañones de Pasadena y los pequeños rectángulos azules de la piscinas iluminadas. El tren pasa junto a depósitos de agua secos y a enormes aparcamientos vacíos, corre en paralelo con la autopista y luego pasa por delante de lo que parece una hilera interminable de almacenes desocupados, pandillas de jóvenes que se apoyan en las palmeras o se reúnen en los callejones traseros o en torno a coches con los faros encendidos, tomando cervezas; suenan los Motels. El tren avanza lentamente cuando enfila hacia Union Station, como si dudara, pasando junto a iglesias mexicanas y bares y un autocine donde ponen una película de terror con subtítulos. Las palmeras destacan ante una masa púrpura, un cielo color caramelo, una mujer pasa delante de mi puerta, murmurándole en voz alta a alguien, puede que a sí misma:

–Esto no es Silver Streak.

Al otro lado de la ventanilla un chico mexicano en una camioneta Chevrolet roja canta acompañando a la radio y me encuentro lo suficientemente cerca de él como para tocar su inexpresiva cara, tan seria, que mira fijamente hacia delante.

Estoy en una cabina telefónica de Union Station. Hace calor, incluso para ser diciembre y de noche. Tres chicos negros bailan break junto a la cabina. Me siento y saco mi agenda y marco el número de mi madre con cuidado, utilizando el número de la tarjeta de crédito de mi padre. Cuelgo el teléfono inmediatamente y observo a los que bailan break. Enciendo un pitillo, lo termino, luego vuelvo a marcar el número. Suena trece veces.

–¿Diga? –Por fin mi madre contesta.

–Hola...soy yo.

–Oh –mi madre parece nerviosa pero a cámara lenta, con una voz sin cuerpo, monótona.

Al cabo de un rato yo repito lo que he dicho.

–¿Dónde estás? –pregunta ella, vacilante.

–¿Estabas dormida?

–¿Qué hora es?

–Las siete –y luego–: de la tarde.

–No puede ser –dice ella, confusa.

–Acabo de llegar a Los Angeles.

–Bien y... –mi madre hace una pausa–. ¿Por qué?

–Porque he venido en tren.

–¿Y qué tal en... el tren? –pregunta mi madre, al cabo de mucho tiempo.

–Me gustó.

–¿Por qué demonios no has venido en avión? –pregunta cansinamente mi madre.

El chico venezolano pasa por delante, me ve y sonríe, pero cuando ve que estoy llorando, se asusta y se aleja rápidamente. Afuera espera una limusina, aparcada junto al bordillo. Un chofer lleva un cartel con mi nombre escrito.

–Bien, me alegra que estés de vuelta, ya sabes –dice mi madre–. Desde luego que sí –pausa–. Vienes a pasar las Navidades, ¿verdad?

–¿No has hablado con papá? –pregunto por fin.

–¿Por qué... iba a hablar... con él? –pregunta ella.

–Entonces, ¿no lo sabes?

–No. No lo sé.

Estoy sentada en el vagón restaurante del tren que empieza a alejarse de Los Angeles. Tomo una copa, hojeo un *Vanity Fair*, tomo un Valium. Entra una pareja de surfistas en el salón y toman cerveza con las dosuniversitarias que hablaban de Las Vegas. Una mujer mayor se sienta junto a mí, cansada, bronceada.

–¿Vas al norte? –me pregunta.

–Sí –digo yo.

–¿A San Francisco?

–Cerca.

–Es un sitio muy bonito –suspira, luego añade–: supongo.

–¿A dónde vas tú?

–A Portland.

–¿Es adonde va este tren? –pregunto yo.

–Eso espero –dice ella.

–¿Eres de Los Angeles? –pregunto, atontada por el Valium, el Tanqueray.

–De Reseda.

–Un bonito sitio –murmuro, hojeando la revista, tranquila, sin tener idea de dónde se encuentra exactamente Reseda. Paso páginas de anuncios que presentan el mejor modo de vida posible–. Mira qué bonito –le tiendo lentamente la revista a la mujer, que la coge con el mismo espíritu con que le es ofrecida, aunque parezca como si no le apeteciera hacerlo.

Se reproduce aquí por gentileza de Ediciones B

POLLINI



Resumen: Pirovano –ex arquero, representante de jugadores y quién sabe qué más– decide ayudar a los luchadores de la troupe Gigantes en la Lona, amenazados y agredidos, y se incorpora al grupo en lugar de Paredón, un delincuente fichado por Etchenique, el veterano detective. Ahora las amenazas llegan a Dolores, su hija adolescente: ha desaparecido y llega un fax ominoso...

8 AGUJAS

No perdí tiempo ni quise explicarle a Mopi lo que pasaba. No sólo es mi secretaria; es mi tía más vieja y querida. Ha mimado siempre a Dolores pese a que la conoció recién cuando volvimos a la Argentina y ya era una nena.

–¿Qué es eso? –dijo cuando vio la cara que yo debería tener con el dragón entre manos.

–Un chiste macabro, creo.

El fax había sido enviado a las 13.41 y tenía el membrete de un locutorio de Florida al 500. Lo doblé en cuatro y me lo puse en el bolsillo dispuesto a salir.

–Esperá; éste es el que llegó temprano, de Alemania –dijo Mopi y me alcanzó otra breve hoja de papel.

Estaba en inglés, fechado en Sttutgart. Leí rápidamente: perfecto; el resultado de un buen trabajo profesional. Había esperado esto durante las últimas tres semanas y Mopi lo sabía:

–¿Todo bien? –dijo atenta a mis gestos– ¿Finalmente se hace?

–Sí, y mejor de lo esperado... –dije con voz ronca y sin mirarla.

–¿Y no te pone contento?

–Seguro.

No me creyó. Yo tampoco.

Salí rápido y ya cerraba el ascensor cuando Etchenique puso el pie. Me había olvidado de él. Llevaba las carpetas bajo el brazo, un par de libros en los bolsillos del saco y polvo por todas partes.

Ni siquiera me preguntó; le conté todo en cinco pisos. Asentía:

–La piba va a aparecer. Esto es pura prepeada... –dijo al final–. Pero, cualquier cosa... ya sabés...

Y por un momento, los ojos claros, acuosos, se le encendieron con un brillo antiguo.

–Ya sé que puedo contar, maestro –y lo palmeé levantando nubecitas–. ¿Qué se lleva ahí?

Sin palabras asomó la punta del libro, un Bustos Domecq muy del cuarenta; el primero exactamente, una rareza. El era la rareza:

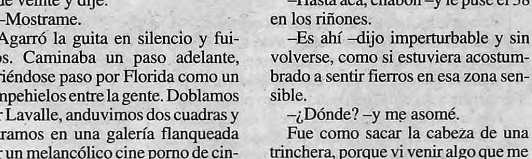
–Usted es nuestro Parodi, veterano... –dije, y estaba convencido–: no necesita moverse de su casa.

Sonrió.

–De esta basura... –y levantó las carpetas– me ocupo yo. Te llamo.

Al salir a la calle nos abrimos silenciosos como dos cazas en formación que tratan de evitar el cañoneo.

Llegué al locutorio, una cueva avaramente dividida en diez cabinas calurosas, a las dos y cinco. Estaba lleno de gente y repartían números hasta el cincomil. Fax en mano, traté de localizar al emisor sin resultado. Acababan de cambiar el turno, no daban información de ese tipo. Cuando estaba a punto de saltarle al cuello a un imbécil obstinado en ahuyentarme con amenazas de la policía, alguien me chistó:



–Yo sé quién fue... –dijo el muchacho corpulento de anteojos negros, pelo recogido en colita y campera de cuero sin mangas–. Ese diseño lo levantaron de un local de Lavalle.

Y el sabio brazo que señalaba estaba dibujado de arriba a abajo en filigranas azul verdoso. Mostré un billete de veinte y dije:

–Mostrame.

Agarró la guita en silencio y fuimos. Caminaba un paso adelante, abriéndose paso por Florida como un rompehielos entre la gente. Doblamos por Lavalle, anduvimos dos cuadras y entramos en una galería flanqueada por un melancólico cine porno de cinco salas. Lo seguí dócilmente por la escalera hasta un primer piso desolado. Los locales vacíos parecían las sucias cajas de vidrio de un serpentario cerrado por epidemia.

Cuando encaró al segundo piso y estuvimos en el rellano se acabó el juego:

–Hasta acá, chabón –y le puse el 38 en los riñones.

–Es ahí –dijo imperturbable y sin volverse, como si estuviera acostumbrado a sentir fierros en esa zona sensible.

–¿Dónde? –y me asomé.

Fue como sacar la cabeza de una trinchera, porque vi venir algo que me dio en la frente y todo se acabó para mí.

Desperté con un zumbido poderoso en los oídos. El sonido salía de la maquinita que empuñaba un adolescente sentado en el otro extremo de un angosto local. Flaco y rapado, en bermudas, con la camiseta de Boca y una gorra de los Charlotte Hornets metida hasta las cejas, trabajaba junto a una mesa llena de algodones, guantes de látex y tinturas. Un gordo un poco mayor se había arremangado la remera negra con una Harley Davidson y exponía el antebrazo para que el de Boca dibujara: lo estaba tatuando. Una clásica lengua Rolling Stone espinosa iba tomando forma.

–¿Cómo está? ¿Se siente mejor?

A mi lado, el chico que me había traído a la rastra desde el locutorio se había sacado los anteojos y soldado el pelo. Lo reconocí, lo tenía visto.

–Soy Mufa, el bajista de Tatoo Kareta –me explicó–. Estuve la semana pasada en su casa.

–Ah... –y era un gesto de asentimiento y de dolor–. Claro, vos sos del grupo en que canta mi hija.

–Yo también, y perdone el golpe... –dijo otro enarbolando el patín de ruedas enfiladas con el que me había derribado–. ¿Por qué sacó el chumbo?

–¿Qué saben de Dolores? –fue mi pregunta que respondía a todo.

–Estuvo temprano con Fabio –dijo el tatuador–. Atrás de ellos entró el tipo que se llevó el diseño: "Quiero el mismo que la pendeja", dijo. Se lo mostré y me manoteó la hoja. Cuando se la reclamé sacó la navaja y...

–¡Ay! –dijo el gordo de la Harley–. No te emociones... Me dolió.

–Guarda con esas navajas... digo: agujas –me corregí yo, espantado.

Mañana: **9. De visitante**

JUEGOS

ACOMODO

Anote en cada línea horizontal la palabra correspondiente, de modo que no queden letras repetidas en las líneas verticales.

CHER
DROME
LOIRA
SAONA
SENA
TARN

Acomodo (solución)

■CHER■
DROME■
LOIRA■
■SAONA
SENA■■
TARN■■

ESCALERAS

Pase de un escalón al siguiente cambiando una sola letra por vez. Tal vez lo logre en menos pasos que nosotros.

A	B
CARRO	PERRO
RUEDA	GALGO

Escaleras (solución)

A. Carro, cardo, caldo, cuido, ruido, ruedo, rueda. B. Perro, cerro, carro, cargo, sargo, salgo, galgo.

ACADEMICO

Descubra el verdadero significado de cada palabra. Hay cinco respuestas correctas A, cinco B y cinco C.

1. **Grátil - A:** Modo de guisar ciertos manjares. **B:** Extremidad de la vela por donde se sujeta. **C:** De balde.
2. **Greba - A:** Pieza de la armadura. **B:** Cabo que sujeta la vela. **C:** Terrón de tierra.
3. **Gregüescos - A:** Injurias. **B:** Gestos o muescas afectados. **C:** Calzones antiguos.
4. **Gres - A:** Arenisca. **B:** Cabellera revuelta y mal peinada. **C:** Algazara, jaleo.
5. **Grigallo - A:** Llave para dar salida a un líquido. **B:** Gallardete. **C:** Ave gallinácea.
6. **Hopa - A:** Tonto. **B:** Túnica cerrada. **C:** Rabo, cola.
7. **Horco - A:** Arreo en forma de herradura. **B:** Producto de la secreción interna de ciertos órganos. **C:** Ristra de ajos o cebollas.
8. **Hordáceo - A:** Relativo a las hordas. **B:** Que se parece a la cebada. **C:** Que escasea.
9. **Hormigo - A:** Cierto tipo de hormiga. **B:** Disco de madera forrado. **C:** Ceniza que se usaba para poner en el azogue.
10. **Horrarse - A:** Horrorizarse. **B:** Malograrse la cría del ganado. **C:** Tostarse el grano.
11. **Impender - A:** Gastar, invertir. **B:** Impulsar. **C:** Estorbar, imposibilitar una cosa.
12. **Impetigo - A:** Erupción cutánea. **B:** Vara para azuzar al ganado. **C:** Testigo presencial de un hecho delictivo.
13. **Impetrar - A:** Tramar, urdir. **B:** Conseguir lo solicitado. **C:** Introducir, establecer.
14. **Impla - A:** Pájaro dentirrostro. **B:** Bastón de los cardenales. **C:** Toca antigua.
15. **Impudencia - A:** Descaro, desvergüenza. **B:** Falta de prudencia. **C:** Insolvencia.

CALIFICACION

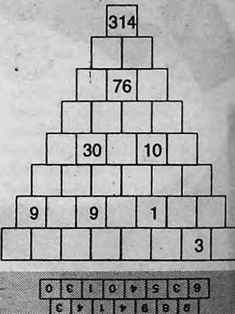
15 puntos	académico
11 a 14	maestro
6 a10	bachiller
5 ó menos	alumno

Académico (solución)

1.B; 2.A; 3.C; 4.A; 5.C; 6.B; 7.C; 8.B; 9.C; 10.B; 11.A; 12.A; 13.B; 14.C; 15.A.

PIRAMIDES NUMERICAS

Complete las pirámides colocando un número de una o más cifras en cada casilla, de modo tal que cada casilla contenga la suma de los dos números de las casillas inferiores. Como datos se dan, en cada caso, algunos números ya indicados.



(solución)

314
188 126
112 76 50
64 48 28 22
34 30 18 10 12
17 17 13 5 5 7
9 8 9 4 1 4 3
6 3 5 4 0 1 3 0